

Queridos hermanos,

hemos escuchado otra vez, en una de las epístolas de San Pablo, el grande misterio de nuestra fe: la resurrección de Jesús.

Nosotros creemos que **Jesús ha muerto y resucitado también.**

Después, el apóstol dice: **de la misma manera, nosotros también, después de morir estaremos junto a Él.**

Entonces, la muerte y la resurrección de Jesús pertenecen al creyente, hacen parte de su vida y la modelan. Porque el fiel es el que participa a esta muerte y resurrección.

La gracia y los sacramentos, que el Señor ha querido donarnos a través de la celebración de lo misterios de nuestra fe, son los ritos, las oraciones, los medios sobrenaturales por los cuales somos llamados a morir y resucitar con Él.

Morir en este mundo en la vida vieja, negativa, marcada por el mal, el pecado, el límite, para resucitar a la vida nueva, la que nos ha enseñado Jesús, la que nos ha donado Él a través de la gracia.

Y después de la muerte, participar a la vida gloriosa en el cielo, porque hemos vivido en comunión con el Señor.

Todo el tesón de nuestra vida debe ser una existencia en comunión con Jesús.

No se trata de tener esquemas morales o ideales, o de tener sólo objetivos racionales o metas que afectan sólo una parte de nuestro existir.

El único verdadero objetivo que debemos tener es vivir juntos a Jesús, porque la vida de un creyente es una vida en Jesús, con Jesús, por Jesús.

Como se declara también en la Eucaristía: “Por Cristo, con Cristo y en Cristo”.

Nuestra vida es un proceso de transformación radical, que empieza el día del Bautismo y se concluye al final de los tiempos con la resurrección de nuestro cuerpo mortal.

En esta visión la muerte no nos debe preocupar.

San Pablo en efecto, escribiendo a los Tesalonicenses, dice justo: **nosotros queremos que no os entristezcáis acerca de los que duermen, porque ellos viven y vivirán en Jesús, si han tenido fe.**

Sólo quién que no creen en la resurrección, sólo quién que está pegado a este mundo, sólo quién no cree que la vida continúe, se aflige.

Por cierto, falta la presencia de la persona amada, querríamos quedarnos con las personas amadas y es justo recordarlas y tener añoranza de su presencia, pero no debemos apenarnos.

Porque ellas **viven**, simplemente nos han precedido y **nos esperan.**

Y un día volveremos a encontrarnos.

Intentemos entonces de encontrarlas en la caridad de Cristo, para descubrimos todos juntos en Él.

Alabado sea Jesucristo.